

RESSENYES

KITCHIN, Rob (ed.)

Mapping worlds: International perspectives on Social and Cultural Geographies
Londres; Nueva York: Routledge, 2007; 372 p.
ISBN-10: 0415438284

Rob Kitchin, geógrafo muy activo y prolífico, mantiene una intensa actividad editorial, puesto que dirige colecciones de temas geográficos y forma parte de los comités asesores de varias revistas internacionales de primera línea, entre ellas, *Social and Cultural Geography*, que se publica bimensualmente desde el año 2000 y de la que es director. Precisamente, en esta revista dedicada a temas relacionados con la geografía cultural y social se halla el origen de este libro, uno de cuyos propósitos iniciales fue desafiar la hegemonía anglosajona que domina el panorama geográfico internacional. Fruto de esa voluntad, la revista encargó regularmente una serie de *country reports*, no sólo para demostrar la diversidad existente de aproximaciones a la geografía cultural y social, sino también como un proyecto intelectual y político de mayor alcance, que contribuyera a fomentar el diálogo entre geógrafos de diversas par-

tes del mundo y a romper el predominio de la lengua inglesa y la desmedida hegemonía angloamericana en la producción internacional de conocimiento geográfico. Dichos informes locales son los que el editor ha reunido en este volumen, publicados en su formato original (incluyendo, por tanto, la doble versión en inglés y en la lengua original) y sin otro orden que el de su misma aparición en la revista.

Señala Kitchin en su capítulo introductorio que el conjunto de informes reunidos (hasta un total de 21¹) proporcionan una información de extraordinaria valía, pese a que son, lógicamente, muy desiguales en su enfoque, contenido y estilo. Efectivamente, la mayoría de los capítulos justifican sobradamente el interés del libro, aún cuando, lógicamente, queda lejos de nuestra intención el ofrecer una visión de cada uno de ellos en una reseña que debe ser razonablemente corta. No

1. Se trata de los informes correspondientes a Dinamarca, Francia, España, Holanda, México, Sudáfrica, Gran Bretaña, Israel, Brasil, Sudeste asiático, Canadá y Québec, Grecia, Finlandia, Australia, Italia, Irlanda, Nueva Zelanda, Estonia, Hungría, Taiwan y Estados Unidos de América.

obstante, la lectura conjunta de los 21 capítulos permite desvelar algunas cuestiones de notable interés. Dado que ninguno de los capítulos ha sido concebido como un «informe de oficio» (algo imposible, por otro lado, dado que, como señala Kirsten Simonsen en su capítulo, cada «informe local» no deja de ser una narrativa construida por un autor y de ofrecer por ello una visión estrictamente personal y posicionada), las estrategias expositivas y el material seleccionado por cada uno de los autores muestran una serie de tensiones latentes, que dan una coherencia no explícita al volumen. Cinco son, a mi modo de ver, las tensiones que subyacen en muchos de los informes:

1) El reconocimiento (no exento de crítica) de la supremacía de la geografía angloamericana. A pesar de la crítica, incluso de una abierta resistencia al imperialismo académico anglosajón que muestran muchas de las contribuciones, la geografía humana angloamericana aparece subrepticamente como el modelo con el que medirse, con el que valorarse, en comparación con el cual uno puede explicarse a sí mismo. Ante la incapacidad de «medirse» con las aportaciones angloamericanas, los informes nacionales optan por buscar explicaciones de su precariedad actual en temas de geografía social y cultural, repasando las limitaciones impuestas por su propia historia (académica o política) o bien valorando los trabajos existentes como muestras de vitalidad intelectual, aún cuando no del todo encajables con el molde anglosajón de conocimiento geográfico.

2) La dificultad (acompañada de la falta de alternativa) de utilizar las subdisciplinas académicas para organizar el propio discurso. Las subdisciplinas académicas siempre son conceptos difíciles de sostener, más aún cuando el contexto es de comparación internacional. Ante la existencia de realidades tan diferentes, los autores optan por rebuscar en campos geográficos diversos las aportaciones que pue-

dan tener relevancia social o cultural. Como ejemplo, para el caso español, M. Dolors García Ramón, Abel Albet y Perla Zusman señalan como áreas de trabajo el pensamiento geográfico, el espacio y el género, y la diversidad cultural urbana. En algunos casos, algunos autores no dudan en afirmar, como lo hace provocativamente Claudio Minca para el caso italiano, que en sus respectivos países no hay geografía social o cultural propiamente dicha, al menos con unos contenidos y enfoques semejantes al de la geografía angloamericana. Esta posición es aún más acusada cuando existe lejanía cultural con el idioma inglés, como es precisamente el caso de España o Italia. Allí donde, en cambio, la proximidad con el inglés es más evidente (Australia, Irlanda, Nueva Zelanda, República de Sudáfrica, pero también Dinamarca o Finlandia), la influencia de los trabajos angloamericanos ha sido más fácil y el esfuerzo se realiza más en la dirección de señalar lo que de local y diferencial tiene cada situación. Hay, además, algunas situaciones excepcionales, como la existencia de geógrafos formados en el extranjero (caso de la República de Sudáfrica o de Grecia), que hacen más permeables las geografías tradicionales o el caso en el que ha existido una política activa de traducciones de autores anglosajones, como la que se ha llevado a cabo desde Río de Janeiro de la mano de Roberto Lobato Correa y Zeny Rosendahl.

3) El tratamiento conjunto (y a la vez la constante contraposición de temas y enfoques) de geografía cultural y geografía social. Muchos de los autores no acaban de sentirse cómodos al tener que analizar los desarrollos de la geografía cultural y la geografía social en un sólo paquete, pero no porque las fronteras entre una y otra sean difíciles de trazar, como podría pensarse inicialmente, sino por todo lo contrario, porque la distancia que a veces las separa es demasiado grande. Para algunos, casi sin ambages, lo cultural es post-

moderno y lo social es material, lo cual, aunque no conllevaría una diferencia de temas tratados, a buen seguro sí comportaría una lejanía en las aproximaciones intelectuales al objeto de estudio. En otros casos, como en el francés, las dos subdisciplinas se hallan ineludiblemente unidas a nombres y a posiciones políticas diferenciadas. Christine Chivallon es muy explícita a este respecto: la geografía francesa «no puede ser social y cultural a la vez», precisamente por la distancia intelectual y política que ha separado a sus principales valedores, aún cuando se trate siempre de geógrafos de una misma generación que ya han culminado su carrera. Los esfuerzos de la nueva generación parecen ir hoy en otros sentidos, pero se encontrarían, sin embargo, limitados por la existencia de unas estructuras universitarias obsoletas.

En otras ocasiones, la incomodidad generada por las divisiones subdisciplinares proviene de los mismos geógrafos analizados, por el papel de muchas figuras que se han distinguido por discurrir siempre al margen de corrientes y de estructuras. Tanto en el caso francés como en el italiano, Chivallon y Minca señalan la existencia de una auténtica constelación de grandes geógrafos que han podido desplegar una notable creatividad, precisamente por estar al margen de una estructura disciplinaria rígida (caso de Lévy, Berque, Lussault, en Francia, o de Farinelli, Dematteis y Turco, en Italia).

Ni siquiera el informe de Estados Unidos redactado por Vincent del Casino y Sallie Marston parece escaparse de las dificultades que crean las subdisciplinas. Según estos autores, en Estados Unidos nadie parece identificarse ahora mismo con la geografía social, ante el empuje del giro cultural y el posterior debate sobre la rematerialización. Como en tiempos de Carl Sauer, la geografía humana estadounidense parece estar reduciendo hoy a la geografía cultural.

4) La tensión entre una geografía crítica de corte postmoderno no siempre útil y una geografía aplicada que se pretende de mayor relevancia social. Esta tensión entre geografía crítica y geografía aplicada aparece de modo muy marcado en relación con la geografía social y cultural. Saco Musterd y Ben de Pater, en su análisis de la geografía neerlandesa, son muy explícitos en la defensa de su propia tradición aplicada. Su pragmatismo es evidente: para ellos, la teoría postmoderna se recrea en exceso en la teoría por la teoría y contribuye poco a solucionar problemas urgentes, en contraste con una geografía aplicada, que sí es útil socialmente. No entran, sin embargo, al menos en esta ocasión, en las servidumbres y los problemas éticos que toda geografía aplicada debe afrontar.

Por su lado, Dina Vaiou aborda la misma cuestión en términos bien diferentes. Desde su óptica abiertamente comprometida y politizada, los temas sociales y culturales están progresivamente dejando de «estar de moda» en la geografía griega, ante el empuje de las nuevas tecnologías y los sistemas de información geográfica que parecen tener la llave del mercado de trabajo.

Hay que añadir, además, que el papel del geógrafo y su grado de compromiso social han estado bien presentes en el debate entre lo cultural y lo material. En el mundo anglosajón, se ha venido produciendo, como abordan de manera central Rachel Pain y Cathy Bailey en su capítulo sobre la geografía británica, diversas proclamas en favor de «rematerializar la geografía» después de los supuestos excesos que habría conllevado el giro cultural y la consiguiente resurgencia de la preocupación por la desigualdad y el bienestar. A la vez, el surgimiento de la llamada *teoría no representacional* contra los enfoques construccionistas, capitaneada por Nigel Thrift, habría conducido la investigación hacia el conocimiento performativo y hacia unas prácticas investi-

gadoras más comprometidas. Las autoras buscan el punto de conciliación entre unas posiciones que puede que no sean tan diferentes sirviéndose de Doreen Massey: la relevancia política y las prácticas comprometidas necesitan hoy de todos los enfoques, los constructivistas y los no constructivistas.

5) Finalmente, la dificultad de hablar de un pensamiento geográfico de los países, habida cuenta de su inevitable diversidad interna y de la omnipresencia de redes personales en múltiples escalas geográficas que, a menudo, parecen orientar las líneas de trabajo individuales en mayor medida que las propias estructuras académicas nacionales. Aunque se trataba de un encargo del editor de la revista para satisfacer esa voluntad de auténtico debate internacional, cabe preguntarse si tiene mucho sentido una aproximación por países. Todos los autores hacen hincapié en la diversidad de geografías practicadas en cada caso y, lo que tal vez sea aún más importante en nuestros tiempos, el papel de esas redes personales, que tanto han reforzado las tecnologías de la comunicación y que deja en un segundo plano, a nivel intelectual por los menos, el poder de las estructuras académicas.

Los cinco aspectos o tensiones que hemos mencionado y que atraviesan muchas de las contribuciones de este libro son, por supuesto, grandes temas de debate de la geografía humana actual. No es de extrañar que los autores de los capítulos los hayan introducido, máxime cuando su campo de trabajo ha sido de los más sensibles a la reflexión teórica y a la innovación metodológica.

Como valoración global, cabría señalar que este libro es excepcional en su concepción y en su realización. Publicado por una editorial tan conocida y con tanta difusión como Routledge, permite mostrar al mundo que, efectivamente, existe

geografía más allá de la geografía angloamericana y lo hace en el idioma propio de cada cual, a la vez que en inglés para conocimiento de la comunidad internacional. El trabajo realizado por editor y colaboradores es, en este sentido, muy notable, aunque, como sugiere el mismo Kitchin en la introducción, a propósito de la revista, el camino para eludir su marcado sesgo angloamericano para pasar a una aproximación auténticamente internacional será largo y exigirá un gran esfuerzo desde múltiples frentes. Es del todo necesario demostrar que las teorías y los modelos formulados por los geógrafos angloamericanos ni tienen por qué tener validez universal ni por qué poder aplicarse indiscriminadamente a realidades geográficas que poco tienen que ver. Pero, por otro lado, la crítica al imperialismo académico anglosajón no debería servir como coartada para no participar en debates y propuestas intelectuales de gran profundidad. En este sentido, esta obra debe recibirse como una notable aportación a la construcción de un marco de debate académico menos desigual, un debate del que toda la comunidad geográfica internacional debería beneficiarse.

Como aspectos para la reflexión quedan tal vez los excesivos complejos que muestran parte de los autores (constatando que sus realidades no pueden competir con el modelo anglosajón), la existencia de una selección de autores y de trabajos inevitablemente sesgada, y el hecho de que los mismos autores formen parte de una red más o menos establecida alrededor de la revista, lo que no hace, por otra parte, sino confirmar la importancia de uno de los aspectos que hemos mencionado anteriormente.

Núria Benach

Universitat de Barcelona
Departament de Geografia Humana
nuriabenach@ub.edu